



Elizabeth  
Barrett Browning  
*Aurora Leigh*

ALBA · *poesía*

# AURORA LEIGH

ELIZABETH BARRETT BROWNING

Traducción  
José C. Vales

ALBA

ALBA · Poesía  
Colección dirigida por Gonzalo Torné

Título original: *Aurora Leigh*

© de la traducción: José C. Vales

© de esta edición: alba editorial, s.l.u.  
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona  
[www. albaeditorial.es](http://www.albaeditorial.es)

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: noviembre de 2019  
Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-633-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos

## SOBRE ESTA TRADUCCIÓN

*Aurora Leigh* se publicó en 1856 (Chapman & Hall), aunque en el volumen de aquella primera edición conste la fecha de 1857. Aunque tanto Elizabeth Barrett Browning como Robert Browning hicieron abundantes correcciones y añadidos en ediciones posteriores, los especialistas consideran que esta es la versión que se acerca más a la «vehemente espontaneidad» de la autora. Con algunas leves variaciones, el texto es también el de Miller (1864) y el que se utilizó para las ediciones americanas. Además, es obligado añadir que para esta traducción se han cotejado especialmente los trabajos críticos de J. R. Glorney Bolton y Julia Bolton Holloway (Penguin, 1995) y J. Billington y P. Davis (OUP, 2014), entre otros.

Elizabeth Barrett Browning escribió su *Aurora Leigh* ciñéndose a la larga tradición inglesa del verso blanco (Shakespeare, Milton, Coleridge y Tennyson), cuyo ritmo favorece la idea épica y espiritual de la narración. Algunas traducciones, en otras lenguas, han optado legítimamente por una transcripción en prosa. En la presente traducción se ha optado por conservar la partición de los versos y la elaborada sintaxis del poema, pero evidentemente no se han mantenido los rigores del pentámetro yámbico.

José C. Vales

Dedicado a JOHN KENYON, ESQ.

Las palabras «primo» y «amigo» son recurrentes y constantes en este poema, las últimas páginas del cual se han completado bajo la hospitalidad de tu techo, mi queridísimo primo y amigo: y digo «primo y amigo» en un sentido de menos igualdad y más desinteresado que el de uno de los protagonistas del poema, Romney.

Tras darle fin, por tanto, y preparándome una vez más para abandonar Inglaterra, me atrevo a dejar en tus manos este libro, el más maduro de cuantos he compuesto, y el único en el que he presentado de verdad mis más íntimas convicciones sobre la vida y el arte; dado que a lo largo de mis diversos trabajos en la literatura y en el devenir de la vida has creído en mí, me has soportado y has sido generoso conmigo, mucho más allá de los usos comunes de la mera familiaridad o la simpatía, acepta si puedes amablemente, y públicamente, esta pobre muestra de estima, gratitud y afecto de quien nunca te olvidará,

E. B. B. 89 Devonshire Place,  
17 de octubre de 1856.

## LIBRO PRIMERO

El componer libros es tarea sin fin,<sup>[1]</sup>  
y yo, que he escrito mucho en prosa y en verso  
para cumplir con fines de otros, escribiré ahora  
para los míos...  
escribiré mi historia por mi lado bueno,  
como cuando uno pinta su propio retrato para un  
amante  
que lo guarda en un cajón y lo mira  
mucho después de que ha dejado de amarte, so-  
lo  
para recordar lo que fue y lo que es.

Yo, escribiendo así, soy aún lo que la gente llama  
joven;  
no he dejado tan lejos las costas de la vida  
para viajar tierra adentro, que no pueda oír  
ese murmullo del Infinito exterior  
al que los niños lactantes aún sonríen en su sue-  
ño  
y nos maravillan por sonreír; no tanto,  
pero todavía puedo ver a mi madre  
junto a la puerta del cuarto de los niños, con el  
dedo en los labios:  
«Sssh, sssh... ¡no hagáis tanto ruido!», mientras  
sus dulces ojos  
resplandecen, y niegan sus palabras

en la algarabía de los niños. Todavía lo pienso y siento

la suave mano de mi padre, cuando ella nos abandonó a ambos,

acariciando mis rizos infantiles sobre sus rodillas;  
y puedo oír el chiste diario de Assunta (ella sabía que a él le gustaba más que el mejor chiste)

preguntando cuántos escudos de oro valía hacer esos tirabuzones. Oh, la mano de mi padre, acariciando aquellos rizos con torpeza,

¡estrecha fuerte la cabeza de la niña contra tus rodillas!

Soy todavía demasiado pequeña, demasiado pequeña para quedarme sola.

Escribo. Mi madre era florentina,

y sus improbables ojos azules me fueron arrebatados

cuando yo apenas tenía cuatro años; mi vida,

una leve chispa que se desprende de un candil caído

que luego se apagó. Ella era débil y frágil;

no pudo soportar el gozo de dar la vida...

El éxtasis maternal la mató. Si sus besos

hubieran durado más sobre mis labios

podrían haber calmado esta respiración inquieta

y haber calmado y fraternizado mi alma

con la nueva situación. Pero lo que sucedió, en efecto,

fue que sentí la ausencia materna en este mundo

y aún la sigo sintiendo, como un cordero que bala

cuando lo abandonan fuera y de noche, y le han cerrado el redil...tan inquieta como un pájaro en un nido vacío,

pasando frío por algo que ha perdido, aunque  
no sepa lo que es. Yo, Aurora Leigh, nací  
para hacer más infeliz a mi padre, y a mí misma  
no muy alegre, desde luego. Las mujeres saben  
cómo criar a los niños (para ser justos),  
poseen ese sencillo, feliz y tierno don  
para poner pañales, atar los zapatitos infantiles  
y ensartar dulces palabras que no tienen ningún  
sentido,  
y besar con todos los sentidos en palabras vacías;  
esas cosas son cuentas de coral para ensartar la  
vida  
aunque sean pequeñeces: los niños aprenden  
con ellas,  
el amor sagrado y sincero en frívolos juegos  
y a no ser excesivamente solemnes a temprana  
edad...  
sino viendo, como en un rosal,<sup>[2]</sup> el Amor Divino  
que arde y no quema -no tiene ni una sola flor-  
se torna consciente y confiado ante el Amor.  
Así lo hacen las buenas madres. Los padres aman  
también  
-el mío sí, lo sé-, pero con pensamientos más se-  
veros,  
y deseos más conscientemente responsables,  
y no tan sabios, porque son menos frívolos;  
por eso las madres tienen el permiso de Dios pa-  
ra marcharse.

Mi padre era un inglés austero  
que, después de una agotadora vida en su país  
enseñando en la universidad, entre leyes y ser-  
mones parroquiales,  
conoció el torrente de una pasión inesperada,  
y todo su pasado cómodo y complaciente

se derrumbó en aquel momento. Cuando estaba  
en Florencia, donde había ido a pasar un mes  
para estudiar los secretos de Da Vinci,  
meditaba algo ausente tal vez  
sobre alguna cuestión inglesa... -si los hombres  
deberían pagar  
los impuestos impopulares pero necesarios  
con la mano derecha o la izquierda-, sentado al  
sol extranjero,  
en aquella fabulosa plaza de la Santissima,  
y por allí acertaron a pasar (apenas lo suficiente-  
mente llamativas  
para conmover su placentero desdén isleño)  
un grupo de estandartes sacerdotales, con cruz y  
salmo,  
con las damas en velo blanco y de rosas corona-  
das, que en la mano llevaban  
largas velas, demasiado pesadas para sus muñe-  
cas, protegidas  
frente al azul y luminoso temblor del aire  
y dejando caer gotas de cera blanca mientras  
avanzaban  
para ir a comulgar la oblea obispal en la iglesia;  
en aquella larga procesión de sacerdotes y niñas  
cantando  
un rostro resplandeció como una patena en el  
rostro de mi padre  
y conmocionó con callado clamor inteligencia y  
corazón,  
transfigurándolo en música. Y así, así,  
él también recibió su don sacramental  
con eucarísticos significados: por su amor.  
Y así, tan amada, mi madre murió. He oído que  
se dijo  
que lo vieron aturdido y espantado,

viudo y padre, cuidándome,  
niña pequeña sin madre de cuatro años,  
y que sus manos grandes varoniles tenían tocar  
mis rizos,  
como si el oro pudiera manchar -sus graves la-  
bios  
fingiendo aquella tristísima sonrisa-,  
como si supiera lo que necesitaba o yo moriría,  
y sin embargo aquello era cruel: casi haría a las  
piedras  
llorar de lástima. Hay un verso que puso  
en Santa Croce a la memoria de mi madre,  
«Llorad aquí por una niña demasiado joven para  
llorar mucho  
cuando la muerte le arrebató a su madre» -ese  
verso congela la alegría  
hoy en el rostro de las mujeres cuando caminan  
con niñas rosadas colgando de sus vestidos,  
en el claustro, para escapar del sol  
que abrasa la plaza-. Después de eso,  
abandonó nuestra Florencia, y se apresuró a es-  
conderse,  
él, su balbuceante bebé y su callado dolor,  
en las montañas de Pelago;<sup>[3]</sup>  
porque los niños sin madre, pensaba él, necesi-  
tan  
a la madre Naturaleza más que otros,  
y las cabras blancas de Pan, con ubres cálidas y  
llenas  
de contemplaciones místicas, vendrían a aliment-  
tar  
los pobres labios sin leche de los huérfanos, co-  
mo la suya...  
Esas migajas eruditas decía (me lo han contado  
los amigos),

porque incluso los hombres prosaicos que sufren durante mucho tiempo un dolor  
acaban llevándolo como si fuera un sombrero con una flor prendida en él. Padre, pues, e hija vivimos en las montañas durante muchos años, con el silencio de Dios en el exterior de la casa, y nosotros, que no hablábamos muy alto, dentro; una vieja Assunta avivaba el fuego, y se persignaba cuando una llama repentina, elevándose desde la chimenea, revivía la imagen de mi madre que colgaba de la pared. El pintor la retrató después de muerta, y cuando estuvieron terminados el rostro, el cuello y las manos, su *cameriera* le llevó, espantada ante la antigua mortaja inglesa, el último brocado que mi madre vistió en el palacio de los Pitti: «No debería usted pintar nada más triste que esto -exclamó-, si no quiere despreciar a su pobre *signora*». Así que muy extraño era el efecto de aquella pintura. Yo, una niña pequeña, gateaba durante horas con las rodillas por el suelo, y me quedaba mirando, medio aterrorizada, medio embelesada, el cuadro que allí colgaba... Aquella visión sobrenatural y blanca como un cisne que emergía de las sedas púrpuras del brocado que parecía impropio allí no tenía fuerzas para romper todas aquellas cuerdas y ligaduras: durante horas me quedaba sentada allí y la miraba. El temor reverencial de Assunta y la melancólica mirada de mi pobre padre

me indicaban el camino. Y por ese camino iban  
mis pensamientos  
cuando deambulaban a este lado del retrato. Y  
cuando crecí  
en años, mezclé, confusa, inconscientemente,  
todo lo que había leído u oído o soñado,  
horrible, admirable, maravilloso,  
patético o fantasmal, o grotesco  
con aquel rostro... que nunca cambiaba,  
pero mantenía el nivel místico de todas las for-  
mas,  
y los temores y las admiraciones; era a veces  
fantasma, a veces demonio, ángel, hada, bruja y  
espectro,  
una intrépida Musa que observa un Destino ater-  
rador,  
una amante Psique que pierde de vista el Amor,  
una silenciosa Medusa, de dulce frente lechosa  
con rizos y toda su ropa llenos de serpientes  
cuyas babas caen como si sudor fuera; y, otras  
veces,  
Nuestra Señora de la Pasión, atravesada por es-  
padas  
allí donde el Niño mamó; o Lamia<sup>[4]</sup> en su prime-  
ra  
palidez lunar, después encogida y espantada,  
y estremecida, retorciéndose en la inmundicia;  
o bien como mi propia madre, dejando la última  
sonrisa  
en su último beso, en los labios de la niña  
que mi padre acercó a la cama solo para eso...  
O mi madre muerta, sin sonrisas ni besos,  
enterrada en Florencia. Todas esas imágenes,  
concentradas en aquella pintura, cristalizaban  
ante mi infancia pensativa... igual que

las incoherencias del cambio y la muerte  
se representan plenamente, se mezclan y se funden  
en el tranquilo y amable misterio de la vida eterna.

Y mientras mi imaginación infantil se perdía  
en el retrato de mi madre (ay, pobrecita),  
mi padre, que por el amor repentinamente  
se había desprendido de las viejas convenciones,  
se deshizo  
de la mortaja del alma, como Lázaro;  
sin embargo no tuvo tiempo para aprender a hablar y andar  
ni a volverse a hacer amigo del sol...  
Él, que había alcanzado la libertad, no la acción,  
vivía,  
pero vivía como en trance, con pensamientos, no con objetivos;  
a quien el amor había impedido ser un hombre común  
pero no lo había completado como un hombre singular,  
mi padre, me enseñó lo que mejor había aprendido  
antes de morir y abandonarme: la pena y el amor.  
Y leyendo los libros que teníamos en las montañas,  
palabras graves de espíritus consejeros, aliados con los pinos y los torrentes habladores, de los libros  
me enseñó toda la ignorancia de los hombres  
y cómo Dios se ríe en el cielo cuando algún hombre  
dice «Esto he aprendido; esto es lo que sé;  
en esto, nunca me equivocaré ni dudaré».

Mi padre enviaba las escuelas a las escuelas, y  
 decía  
 que un hombre pasará por loco por culpa de un  
 solo error  
 mientras que un filósofo pasará por tal  
 diciendo majaderías aplaudidas en cantidades in-  
 finitas  
 y convirtiéndolas en sistema.

Yo soy

eso me dicen, como mi querido padre. Amplia  
 frente  
 y en fin, en una figura esbelta  
 de rasgos delicados -más bien pálido, y aire pen-  
 sativo-;  
 pero luego la sonrisa de mi madre aparece  
 y convierte mi rostro en algo mejor de lo que era.

Y así, durante nueve años, nuestros días se es-  
 condieron con Dios  
 entre sus montañas. Yo solo tenía trece  
 y aún crecía como las plantas, sin ver las raíces,  
 en primaveras balbuceantes... Y de repente me  
 desperté  
 a la vida entera y a sus dificultades y angustias,  
 con el corazón hundido, dolorido y amargado  
 junto  
 a la lápida de mi padre. La vida golpea duro con  
 la muerte,  
 lo ilumina todo horriblemente. Sus últimas pala-  
 bras fueron «Amor...»  
 «Amor, mi pequeña, ¡ama, ama...!». Y dejó de su-  
 frir.  
 «Amor, mi pequeña.» Antes de que pudiera res-  
 pponder, se había ido,  
 y ya nadie quedó en el mundo a quien yo pudie-  
 ra amar.

Allí acabó la infancia: lo que sucedió después  
lo recuerdo como cuando después de unas fie-  
bres  
se recuerdan los episodios del delirio,  
con espacios vacíos, amortiguados por la puerta  
semiabierta;  
interminables días iguales, como muescas hechas  
con un cuchillo;  
una oscuridad agusanada, hecha jirones, espolea-  
da en el costado  
con una llama que se devoraba y se consumía a sí  
misma  
como un escorpión atormentado. Luego, al final,  
recuerdo claramente que llegó allí  
un extranjero con autoridad, no derecho,  
(yo creo que no) y empezó a mandar, me arreba-  
tó  
de los brazos de Assunta; y cómo, con un grito,  
ella me soltó... mientras yo, con los oídos llenos  
del silencio de mi padre, le devolvía también un  
grito  
con todo el dolor aterrorizado de una niña...  
Me quedé mirando el puerto donde ella se que-  
daba llorando,  
mi pobre Assunta, ¡donde ella se quedaba lloran-  
do!  
Las paredes blancas, las colinas azules, mi Italia,  
arreatada del muelle del vapor,  
como quien se arranca furioso su camisa  
que los mendigos recogen. Luego, el amargo  
mar  
inexorablemente se levantó entre nosotros  
y alejando de Italia el barco y mi desesperación  
nos arrojó como alimento para las estrellas.